

Javier de Viana



**Pa Ser Hay que
Ser**

textos.info
biblioteca digital abierta

Pa Ser Hay que Ser

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7797

Título: Pa Ser Hay que Ser

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 7 de octubre de 2022

Fecha de modificación: 7 de octubre de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Pa Ser Hay que Ser

Se acercaba el invierno, y Próspero Mendieta, que llevaba ya muy cargada la maleta de los años, púsose a imaginar en qué estancia confortable encontraría apacible asilo su pereza innata.

No presentaba fácil solución el problema. La mayor parte de los establecimientos de la comarca, actualmente propiedad de *gringos* o *agringaos*, ya no ofrecían a los gauchos vagabundos la tradicional hospitalidad de antaño.

Entre las pocas estancias de corte y usanza antiguas que subsistían, estaba la de Yermalito; pero su propietario, João Maneco Leivas de Figueredo, era un viejo brasileño famoso en todo el pago por su egoísmo y su tacañería sin ejemplo.

Sin embargo, fué por el que se decidió Próspero Mendieta. Hombre de recursos —como que de ellos había vivido toda su vida, obligado por su natural aversión al trabajo,— había combinado un plan digno del adversario que proponíase atacar. Una vez más dispúsose a sacarle jugo a su fama de gaucho bravo, peleador sin asco, de esos que «ande quiera bolean la pierna y la corren con el que enfrenen, porque no tienen el cuero pa negocio ni el puñal pa cortar tientos.»

Seguro del éxito de su plan, aceptó tranquilamente, el nada cordial recibimiento, pues tras un seco «bájese», lo hicieron pasar al galpón, excusando la habitual frase de cortesía paisana:

—¿No gusta desensillar?

Los diez o doce peones —en su mayoría negros y mulatos— que rodeaban el fogón, acogieron con mal semblante al forastero que iba a restarles una parte de la nunca abundante merienda.

Pero él apenas probó la *pejoada* de charque rancio y porotos apolillados. Violentando su proverbial verbosidad, se limitó a responder brevemente a

las escasas palabras que se le dirigieron durante el almuerzo. Al final, como el capataz lo interrogara:

—¿Va de paso?

—No —respondió con cierto aire de misterio— Vine hast'acá no más.

Y luego afectando indiferencia:

—¿No tiene noticia de nada nuevo?

¿Algo nuevo?... No; ninguno tenía noticia de nada nuevo. Todo estaba igual; hasta el tiempo manteníase bonancible. Pero la pregunta del forastero despertó la curiosidad general, y varios inquirieron a un tiempo:

—¿Qué pasa?

Próspero, tras una pausa estudiada, dijo:

—Ustedes deben conocer al mellao Fagúndez...

El sólo nombre del famoso y temido bandolero emocionó a la peonada. Y advirtiendo el efecto producido, el gaucho prosiguió:

—Anda en el pago.

—¿Aquí cerca?

—Cuasi pegao: en los montes del Yerbalito.

—¿Sólo?... ¿Juyendo, a la fija?

—Con una banda de diez hombres...

Lo acompañan el negro Luna, el pardo Wenceslao y el ñato Malaquias...

La noticia cayó como una bomba entre los tertulianos del fogón. Los espesos montes del Yerbalito, linde de la estancia, estaban a una legua de la población y los nombres citados por Próspero correspondían a los más temibles bandidos de la provincia. Y siendo voz corriente que Leivas de Figueredo, inmensamente rico y del mismo modo bruto, guardaba sus tesoros en botijos, como en el tiempo de las onzas de oro, nadie dudó de que la presencia de los facinerosos respondía a un plan de asalto a la

estancia. El capataz apresuróse a ir en busca del patrón para comunicarle la grave noticia, y cuando en su compañía regresaba al galpón, Próspero disponíase a partir. Don João Maneco lo saludó con inusitada amabilidad, instándolo a quedarse.

—No, gracias. Tengo algo que hacer. Vine no más p'alvertirle...

—Mais não vase embora, sen Próspero! —imploró el estanciero; y luego, dirigiéndose a un negrillo:

—¡Vae, rapaz, trageo a limeta de caniña!...

¡Abánquese, sen Próspero, e vamos a falar!...

* * *

La primera parte del plan de Mendieta tuvo el mejor éxito. El estanciero ofreció, pidió, rogó al gaucho bravo que se encargara de la defensa «pidiendo o que você quizer»...

Próspero aceptó, no sin hacerse rogar, y desde ese día quedó confortablemente instalado en la estancia. Sus indicaciones eran órdenes. Se le proveyó de un arsenal guerrero: dos revólveres, un Winchester, una daga de ochenta centímetros de largo; prendas de vestir y prendas de aseo; tabaco y caña a discreción, churrascos a todas horas, cuenta abierta en la pulpería...

Un mes transcurrió. El gaucho holgazán, explotando el miedo de Leivas, vivía como un príncipe, y a menudo decía sonriendo:

—Güen juego... si no se apaga...

Pero, desgraciadamente, no hay fuego que no se apague. La peonada, envidiosa de las prerrogativas del intruso, pasado el susto del primer momento, empezaron a desconfiarle el juego. Y de desconfianza en desconfianza y de averiguación en averiguación, descubrieron el pastel: ¡en todo el contorno no habla ni noticias de la famosa pandilla!...

* * *

Era un sábado. La cena había sido abundante. Vino y caña circularon con profusión. La peonada festejó las historias heroicas del intruso, quien, a

media noche, se retiró a su habitación en estado bastante deplorable.

Estaba en lo más profundo de su sueño de borracho, cuando lo despertaron un tropel de caballos, gritos de hombres, ladridos de perros, y un tiroteo infernal. Levantóse precipitadamente y se echó afuera, olvidando hasta de proveerse de sus armas. Agazapándose por detrás de la cocina, intentó internarse en el maizal inmediato; pero antes de conseguir su objeto fue alcanzado por media docena de diablos negros, que, a planchazos y rebencazos lo echaron por tierra.

El tiroteo había cesado. Dentro del caserón fortaleza, don João Maneco temblaba, medio muerto de miedo, cuando el capataz, golpeando reciamente el portón, gritó:

—¡Patrón, patrón!... ¡Abra que tenemos prisionero al famoso mellao Fagúndez!...

Lleno de júbilo el viejo abrió la puerta exclamando:

—¡Qué venga a meus brazos o valete sen Próspero!...

—Aquí está —respondió con sorna el capataz, señalando al gaucho, que dos peones arrastraban maniatado, sangrando y desfallecido.

* * *

Tan pronto como tuvo fuerzas para montar a caballo, Próspero, despojado de sus armas y de sus pilchas, y, lo que era más, de su prestigio de guapo, partió de la estancia y nunca más se tuvieron noticias suyas en el pago.

Cuentan que se fué muy lejos, muy lejos, y que murió en un rancho miserable, pronunciando, entre dos boqueadas, estas palabras enigmáticas:

—Pa ser, hay que ser.

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.